

Por Beatriz Marcos.

Este proyecto se detiene en la necesidad de memoria política, y nos la presenta como algo transitable, como un lugar que hemos de atravesar —y no seguir evitando— para articular nuestra narrativa identitaria colectiva: repensar nuestra contemporaneidad considerando nuestro pasado reciente. El proyecto parte de la Guerra Civil española para incidir en el exilio y la vigencia de la II República en México y España. Se ocupa del caso español por ser éste el sedimento experiencial de la artista, pero ésta quiere poner en valor de modo amplio la pertinencia de visibilizar la memoria allí donde ha habido una vivencia de violencia estructural.

La habitual sala de exposiciones queda convertida en un espacio para la memoria, reproduciendo lo que sería una suerte de museo o centro de interpretación y producción cultural sobre la memoria histórica. Se reclama así que éste exista, pero no entendido como algo estático, o como ámbito de victimización, sino como un aglutinante ciudadano y un foco de enunciación de discurso no hegemónico donde hablar de lo que fue forzosamente olvidado, cooptado a la ciudadanía. Pero, sobre todo, como un lugar en el que articular pasado y actualidad. En España parte de la situación presente se debe a las malas prácticas heredadas de la dictadura, la crisis de hoy también la han catalizado las tragaderas y los pactos de silencio atávicos.

En esa vocación de convocar la ruptura crítica del silencio, las prácticas artísticas son tremendamente efectivas gracias a su capacidad de activación simbólica y a su «poética del desarreglo» (como diría la teórica chilena Nelly Richard). Este proyecto quiere esbozar un relato visual y testimonial que revele lo que nos fue ocultado o tergiversado, así como en lo que, de pura repetición desde el poder oficial, nos resultó aceptable, aun sin serlo.

El hecho de la formalización del proyecto se emplace en México no es sólo por los vínculos de este país con el exilio republicano, sino porque la artista ha construido una suerte de triangulación. Es decir, a veces, desde otros lugares se es capaz de hablar de lo que no se puede/quiere/sabe hablar en el lugar donde sucedió una experiencia de daño colectivo.

La propuesta expositiva dota de fisicidad a los flujos de memoria al materializarlos en el espacio habitable que es esta réplica de un centro de interpretación e investigación. Y a partir de estos flujos —encarnados en entrevistas realizadas por la artista a nietos de los exiliados, en publicaciones al respecto recabadas por ella y en mesas redondas— quiere hilvanar una narración polifónica; en oposición a la violencia epistémica propia de los discursos unívocos. Asimismo, se permite realizar una lectura menos complaciente de lo habitual con el devenir del exilio republicano en México.

*Centro de interpretación de las memorias* visibiliza al fin y al cabo una evidencia que, sin embargo, no asumimos cuando nos enmarcamos en lo comunitario: pensarse es también recordarse.